

EL OBRERO CATÓLICO,

SEMANARIO

— ESCRITO POR Y PARA LA CLASE OBRERA. —

CON LICENCIA

Precio de suscripcion (que ha de ser por un año , empezando en 1.º de julio) 20 reales.

Redaccion y administracion: Imprenta Católica, San Antonio, 3.

Para todo lo relativo á este periódico é imprenta, dirigirse á don Jaime Cardona.

Amarás á Dios sobre todas las cosas, y al
prójimo como á tí mismo.



Por medio del sudor de tu rostro
comerás el pan.

Sumario.— Quinto aniversario, por Jaime Cardona y Paris.—Lo de Rio-Tinto.— Memoria sobre la sociedad de obreros católicos de Mondoñedo, en 1887 (conclusion). — Adan y Eva (símil) por Ignoto.—Robinson (novela moral, continuacion).—Mesa revuelta.

Cuarenta Horas. — *Domingo 19:* En San Lorenzo. — Se descubre á las siete de la mañana, y se reserva á las seis y media de la tarde.

APRENDIZES

En esta Impreuta se tomará uno, que traiga buenos informes.

EN ESTA IMPRENTA

se suscribe

á las publicaciones siguientes:

Revista popular.— Un año, 26 reales.

Misiones católicas.— Un año, 15 pesetas.

Dogma y Razon.— Un año, 20 reales.

Exposicion vaticana y Hormiga de oro.—
Un año, 20 pesetas.

Correo catalan.— Un semestre, 14 pesetas.

Siglo futuro.— Un semestre, 20 pesetas.

Mensajero del Sagrado Corazon de Jesús.—
Un año, 20 reales.

Ciudad de Dios (revista agustiniana).— Un
año, 13 pesetas.

Y á todos los periódicos y revistas de buen género que se publiquen en España.

Dirigirse á D. Jaime Cardona, Lérida.

ALMANAQUE

DEL

SAGRADO CORAZON.

Véndese en esta Imprenta, á 3 reales.—
Quedan pocos ejemplares.

FACTURAS.

Se imprimen en esta casa, elegantes y económicas.—San Antonio, 3, Lérida.

100

TARJETAS DE VISITA,

REALES **6** REALES

QUINTO ANIVERSARIO.

COMO si dijéramos, de la fundación del OBRERO CATÓLICO.

Y así lo decimos.

O, mejor, así lo digo.

Porque inútil es usar el *nos*, aunque parezca jactancioso el *ego*, toda vez que yo solo he fundado, sostenido, redactado y administrado esta revista, sin ayuda de nadie, como no sea de un modo accidental.

Si es lo dicho presunción, desde ahora la rechazo; si ello es verdad, como lo es, júzguenme los lectores.

El día 19 del corriente se cumplirán cinco años de la fundación de este semanario, cuyo primer número vio la luz en Manresa el día de san José del año 1883; en Manresa, donde, trabajando de oficial cajista, acometí la empresa sin recurso alguno, empezando por un gasto de dos mil reales y comenzando la tirada con doscientos suscritores, que han ido aumentando hasta quinientos, pocos más, pocos menos; y no se ha de ser muy lince para comprender que con tan exigua suscripción se hace poco menos que insostenible la publicación, y lo sería de hecho á no hacérselo todo, absolutamente todo, su inútil fundador.

Castigada de una manera por demás sensible mi delicada salud con el exceso de trabajo intelectual añadido al manual de diez horas diarias, más que menos, y, por otra parte, siendo deficientes los resultados materiales de la empresa, solicitado por unos *amigos* de Lérida, y ante la obligación de proveer á las necesidades de mi familia y de mirar por la conservación del indivi-

duo, hube de determinarme (nó sin gran sentimiento) á pasar á esta ciudad, con la esperanza á la par de, con mejor salario y cargo menos obligado, poder dedicarme más asiduamente á la confección literaria—si así se me permite—del OBRERO; pero ¡cosas de la humana condición! á los pocos meses quedé *cesante*, enfermo y sin recursos. Y entonces, estimando que poniendo una modesta imprenta, podría con más economía y desahogo confeccionar el periódico, á este propósito dirigí todos los míos: y, gracias á desinteresados leales amigos de mi querida inolvidable Manresa, que con espléndidos donativos facilitaron ascenso á mi proyecto—sin que olvide las generosas dádivas y espontáneas ofertas de otros buenos amigos no manresanos—pude abrir *mi* imprenta (antes combatida que encomiada por quien antes debía encomiarla que combatirla), satisfaciendo al contado la mitad de su coste, y quedando lo restante para plazos anuales, que impiden pueda completar el menaje de la imprenta; debiendo, en consecuencia, recurrir á la máquina de otro establecimiento para el tiraje del periódico, lo cual es causa de que algunas semanas salga con retraso; porque quien de otros ha menester no siempre es servido cómo desea (1).

Agravada mucho más mi dolencia casi habitual en el año pasado, disminuída algo la suscripción con

(1) Cualquiera podría creer que esta imprenta carece de condiciones económicas, por no tener máquina. Conviene, pues, advertir que para todo trabajo cuyo tamaño no exceda del de las cubiertas de este periódico puede competir con los demás establecimientos, y que para los de tamaño mayor que el indicado se hace el relativo descuento del tiraje á favor del parroquiano.

el cambio de domicilio, me ví en la absoluta precision de reducir las páginas del OBRERO; y en la fecha actual, quinto aniversario de su fundacion, exhausta ya la caja administrativa, sólo por no faltar al compromiso contraído con los suscritores he de continuar la publicacion, aunque el estado de mi salud me impida, cuando ménos durante la estacion fria, dedicarme periódicamente á trabajos intelectuales; por cuyo motivo he debido suspender la serie de artículos *Entre tú y yo*, que Dios sabe cuándo podré reanudar.

Esto es confesar paladinamente que al llegar á su quinto aniversario, y aun mucho ántes, ha el OBRERO CATÓLICO desmerecido, y esto es precisamente lo que venía á decir. Sí, no hay duda, el OBRERO ha venido á ménos — si en alguna ocasion pudo valer algo; — más nó por falta de voluntad, sinó por razon de las circunstancias.

Pero ¿es esto motivo suficiente para la desaparicion del OBRERO CATÓLICO, ó no hay medio para que el OBRERO CATÓLICO, no sólo vuelva á su primitivo estado, sinó que aun se remonte y llegue á ser lo que ha de ser real y verdaderamente?

Ahí está la cuestion.

Empiezo por decir que si á la terminacion de su quinto año, ó sea en julio del corriente, he de continuar el periódico en las condiciones y proporciones de hoy, dejaré de publicarle, con harto pesar mio y disgusto de algunos (pocos) entusiastas protectores suyos; con lo cual deberé á la vez desposeyermé de la imprenta; en cuyo caso, ya desde ahora anuncio que aceptaré agradecido una plaza de oficial cajista en cualquiera imprenta católica, como no sea en Lérica.

Pero hay medio de que la obra se sostenga; hay deseos y estímulos de respetables personas, así en jerarquía eclesiástica como en dignidad seglar, para que la obra no fracase, y hay necesidad, sí, señores, necesidad absoluta de que la obra prospere. Así lo pide el estado moral y ma-

terial de la sociedad obrera en este siglo; así lo dice el Papa, y lo repiten los obispos, y lo propaga la prensa, y lo dicta la razon, y lo confirman los hechos.

Quinientos abonados, pocos ménos, tiene el OBRERO: elévese esta cifra á mil, y se habrá asegurado la base. Asegurada la base, se tiene lo esencial para levantar el edificio: y el edificio, el edificio de la regeneracion moral del obrero, de su mejora material, de la avenencia entre el capital y el trabajo — que es la obra que ántes se menciona — no hay duda, se puede levantar.

Por poco que la ocasion se ofrezca ó se presten favorables circunstancias, estoy decidido á hacer un esfuerzo supremo ántes de empezar el año sexto, ó no lo empezaré. ¿No hay quién pueda cooperar á la empresa é influir, casi decisivamente, para que la corone un feliz éxito? Sí, ciertamente.

En primer lugar, los suscritores todos; ya saben cómo. En segundo término, el clero, que no ignora el modo. Luégo despues, las personas pudientes amantes de la clase obrera; no hay que decirles el medio. Y posterior, ó quizás anteriormente, y de una manera eficaz (que voy á indicar en forma de insistente petition), el periodismo católico.

Necesito ante todo anunciar por todos los tonos la publicacion, desconocida en muchísimas partes donde pudiera ser aceptada, y tal vez protegida. Con antelacion al mes de julio venidero podrian los periódicos católicos — seguros de que éste, por su carácter especial, no puede dañar sus intereses — decirme qué medio prefieren, además del anuncio constante por el tiempo oportuno, si incluir prospectos en uno de sus envíos, en cual caso deben indicarme cuántos necesitan, ó facilitarme una coleccion de sus fajas.

A toda la prensa católica dirijo este llamamiento, y á todos los periódicos católicos ruego se dignen contestarme; pudiendo decir en apoyo de mi petition, que yo en tales

casos he accedido siempre gustoso y *gratuitamente* á la demanda.

Pero.... ¿quizá yo lo haga muy mal y no sea esta empresa para mis manos pecadoras?

Sea.

Yo la emprendí porque debía emprenderse y ninguno la emprendía. Vengan otros que lo hagan mejor, y tendré grandísima satisfacción en poner en sus manos la poco envidiable herencia de mi humilde botín.

Quando nó, y si no me falta el apoyo de quienes cooperación solicito, esperó en el año sexto poder, Dios mediante, presentar el periódico en condiciones que superen en mucho á las mejores que hasta la fecha haya tenido; adoptando desde ahora como divisa aquello de:

«O perdiz, ó no cenar.»

Jaime Cardona y Paris.

LO DE RIO-TINTO.

Cortamos lo siguiente de una carta del *Resúmen*, en la cual, despues de expresarse la actitud pacífica de los obreros y las fundadas esperanzas de que todo terminase en bien, se añade:

«Bien pronto sufrimos un terrible desengaño. ¡Cuánta víctima inocente, cuánto dolor y cuánto luto ha causado en aquella comarca la presencia en aquel día nefasto de una autoridad tan inepta!

«Constituído el gobernador como tal autoridad en la sesion que se estaba celebrando, llamó á su presencia á la comision de Zalamea para oírle, y ésta le expuso sus pretensiones, contestando el gobernador que tenia órden del gobierno de mantener el órden público, y que el ayuntamiento tomara ahora, luégo ó mañana ó nunca el acuerdo de lo que se le pedia; que allí tenia 400 hombres, tropa de línea que trajo consigo y la guardia civil, formados en la plaza, para despejar á la multitud, y si no eran bastantes, traería hasta 8000, y si el ayuntamiento tomaba un acuerdo contrario á las calcinaciones, él lo revocaba, como lo ha hecho en Alosno y otros puntos.

»La comision le pidió por Dios y por caridad que se asomara al balcon y se dirigiera al pueblo, diciéndole algunas palabras de consuelo, á fin de que éste se retirara, aunque lo que dijese no lo cumpliera. Se negó; volvieron á suplicarle, y entónces salió al balcon y dijo estas palabras:

«Señores, órden (no se movia ni hablaba nadie). Tengo fuerzas para despejar. El ayuntamiento tomará en tiempo oportuno el acuerdo que estime conveniente. Repito que mucho órden.»

»Acabado este notable discurso, se retiró del balcon, donde ocupó su puesto el teniente coronel que mandaba la fuerza, el cual tambien se dirigió á la multitud, haciéndolo en la siguiente forma:

«Señores, mucho órden. Aquí están nuestros hermanos, y si no obedecéis, es como si los hijos faltaran á las palabras de sus padres, porque con decir *fuego*....»

»No acabó el discurso, y nadie sabe si hubo voces de mando ó no las hubo, ni quién las dió. Lo que se sabe es que sonó una descarga de fusilería, y que de allí en adelante todo fué espanto, confusion y luto.

»La fuerza de infantería descargó á boca de jarro sobre la muchedumbre que se apiñaba en aquellos sitios, siendo imposible describir el horroroso cuadro que presentaba la plaza y toda la inmediata calle del Peregil.

Algunas balas altas hirieron á varios curiosos que estaban en los balcones. En la plaza cayó herida una mujer que llevaba un niño de pecho en los brazos y tenia otro pequeñuelo á su lado. En otras partes caían grupos enteros de hombres. Todos huían en la mayor confusion, atropellándose por escapar al peligro que les amenazaba y salvarse de la matanza.

»Tal ha sido ésta, que al abandonar yo aquellos parajes se contaban 23 cadáveres y hablaban de cerca de 100 heridos.

»La indignacion más profunda se apoderó de todos los que estaban en las casas de ayuntamiento, siendo muchos y muy duros los apóstrofes dirigidos al gobernador por todas las personas que allí estaban, diciéndole entre otras cosas que era responsable de aquella inocente sangre que tan inicua-mente se habia derramado. Cuentan que el mismo comandante de la guardia civil decia que aquello era incalificable, y que hallán-

dose presente un magistrado de la Audiencia de Huelva, declaró bajo su honor de caballero, que instruiría sumario de lo ocurrido y que se exigiria la responsabilidad á los culpables.

«Los efectos de esta salvajada tienen consternados á los pueblos de esta comarca, y esperan que no queden impunes semejantes delitos.»

¡Sí, eh! El muerto al hoyo, y viva la libertad.

MEMORIA

sobre el estado de la Sociedad de obreros católicos de Mondoñedo, en 1887.

(Conclusion.)

En la casilla de *impresos*, papel y otros efectos, correspondiente al mes de marzo, están incluídas 42 pesetas que se gastaron en la función de iglesia á nuestro patrono san José; y en la misma casilla y mes de octubre se incluyeron también 11 pesetas que se remitieron al señor presidente del *Círculo católico de obreros de Alcoy*, con objeto de obsequiar al Papa Leon XIII con motivo de sus *Bodas de oro*, á razón de 10 céntimos por cada socio.

Como lo recaudado de los socios de número solamente, por todos conceptos, suma 1420'25 pesetas, y los gastos ascendieron á 1670'62 resulta que hubo 250'37 más de gasto que lo que ingresó por dichos socios. De manera, que si no fuera por lo que se recolectó de los socios protectores y donativos, resultaba en este año un déficit en contra de la Sociedad de las mismas 250'37 pesetas.

En resumen: la Sociedad poseía en fin de 1886 un capital en metálico de 4728'72 pesetas, más las 1047'88 que se economizaron en 1887, además del importe de 95 libras de cera existentes para los funerales y Viático.

Estas cifras exactas son elocuente prueba de que la Sociedad se halla en la verdadera senda del adelanto y que promete los más liasonjeros y prácticos resultados. Estos, sin embargo, no bastan á satisfacer nuestras aspiraciones, que van más léjos; y así como necesitamos el pan para el cuerpo, así también necesitamos alimentos para nuestra inteligencia, algo que nos nutra en ideas instructivas á la vez que religiosas y vaya ense-

ñándonos poco á poco esos alegres horizontes que sólo pueden mostrarnos la ilustración, el estudio y el trabajo. Para poder realizar algo de estos levantados propositos, necesario nos es encareceros una y otra vez la union franca y leal entre todos nosotros, y la iniciativa más firme y constante, dejando allá fuera toda mira que no sea en beneficio de todos, toda idea extraña al objeto de esta comunidad.

Merced á la decidida protección que nuestro presidente nos dispensa, y que jamás sabrémos agradecerle bastante, en breve dispondrémos de un espacioso cuanto hermoso local, en el que habrémos de reunirnos, bien para resolver asuntos de carácter administrativo, bien para hallar en él solaz honesto ó para buscar en sus bibliotecas y en sus escuelas, cuya instalacion se proyecta, así como la organizacion periódica de veladas literarias, aquellos conocimientos é instruccion que son el verdadero y mejor y más provechoso adorno del artista y del artesano.

Y ántes de terminar, nos creemos en el deber de hacer pública manifestacion de nuestro amor hácia nuestro presidente, merced á cuyos desvelos é inmensos sacrificios, podemos decir que florece y prospera esta Sociedad.

Todos conoceis los principios y vida del señor don Antonio Diaz. Con gran aprovechamiento aprendió y siguió el oficio de carpintero que ejercia su padre, y ya poseedor de una regular fortuna, todo su empeño se ha cifrado en mejorar la situacion de la clase artesana de este pueblo, haciendo frente con heroica valentía á toda suerte de contrariedades, é imponiéndose verdaderos sacrificios.

Hechos y conducta de esta naturaleza no hay forma posible de eucomiarlos: ellos por sí solos dicen más, muchísimo más, que lo que pudieran decir la pluma y la palabra.

La Sociedad sabrá agradecerse, y eternizar su memoria.

Darémos fin á este trabajo haciendo presente nuestra más sincera gratitud, en primer término, al excelentísimo é ilustrísimo señor obispo de esta diócesis, cuya protección nos ha ofrecido; al presidente honorario, excelentísimo señor don Cándido Martinez, quien, en diferentes ocasiones, nos ha dado pruebas de su interés por el adelanto de esta humanitaria Corporacion; al presi-

dente efectivo, señor don Antonio Diaz Nuñez, cuyo celo y afecto constantes hácia esta agrupacion le hacen acreedor á nuestro agradecimiento eterno, y en fin, á los socios protectores, de quienes esperamos la misma valiosa cooperacion que nos han dispensado hasta aquí.

Y á vosotros os encarecemos de la manera más eficaz, continúeis con más ardor que nunca esta grande idea, esta obra regeneradora, que se llama *Sociedad de socorros de obreros* cuya primera piedra hemos colocado ya. Desead todos que su fin y remate sean para los extraños motivo de emulacion y estímulo, para nosotros de bienestar y progreso.

La Junta directiva.

ROBINSON.

(Concluye la tarde décimaquinta.)

El gozo, la confianza, el miedo y el horror se apoderan alternativamente del ánimo de nuestro Robinson, asomándose á su semblante, ya pálido, ya encendido. Sentía no poco regocijo y esperanza, al advertir que el prisionero aventajaba mucho terreno á los que le perseguían. Entre tímido é irritado, los veía encaminarse á su habitacion, sin que los separase de ella otro obstáculo que una angosta ensenada que el desventurado fugitivo tenia que pasar á nado, para no dar en manos de sus enemigos. Al llegar á la orilla se arrojó al agua sin titubear, y la atrevesó con tanta velocidad como habia manifestado en la carrera. Dos de los que le perseguían más de cerca se echaron tambien á nado, y los demás salvages se volvieron á su inhumano festejo. ¡Con qué júbilo advertía Robinson que aquellos dos distaban mucho de ser tan buenos nadadores como el que querían alcanzar! Ya estaba este corriendo de nuevo, cuando aquéllos braceaban aun en medio de la ensenada. Aquí se inflamó Robinson de un celo y valor cual jamás los habia sentido. Los ojos le centelleaban; el corazon le incitaba á socorrer al desventurado. Toma su lanza, y sin dudar un punto baja de la colina, y saliendo del bosque, se presenta entre el perseguido y los perseguidores, y á gritos dice al que huía: De-

tente, detente. Vuelve éste la cara; asústase al ver á Robinson cubierto de pieles; créele un númen celestial: duda si prostrarse á sus piés, ó huir de él. Pero Robinson, extendiendo los brazos, le dió á entender por señas que estaba allí para defenderle; y volviéndose hácia los enemigos, se puso en marcha contra ellos. Cuando estuvo á tiro del primero, esfuerza su valor, hiere con la lanza al salvage desnudo, y le deja tendido en el puesto. ¡Estando todavía el otro á unos cien pasos de distancia, se detiene sorprendido; pone una flecha en su arco, asés-tala y despídela contra Robinson, que se le iba acercando. Dale el tiro en el pecho; mas por fortuna venía ya sin fuerza, á que se agregó haber resistido las pieles, que sirvieron de coraza, rechazando la saeta sin que Robinson recibiese ni la herida más leve.

No dió tiempo nuestro héroe á su enemigo de repetir el tiro, y acometiéndole ántes que pudiese flechar segunda vez el arco, le prostró en tierra.

Vuélvese hácia donde estaba el mismo de quien era libertador, y le ve todavía inmóvil en el propio sitio, entre el temor y la esperanza, dudoso de si lo que acababa de suceder contribuiría á su conservacion, ó de si le tocaba tambien morir de los terribles golpes de aquel ente desconocido. Llámale el vencedor, convidándole por señas á que se acerque á él; obedece desde luégo el indio; párase un breve rato, vuelve á andar, detiéndose otro vez, acércese á paso lento con un miedo declarado, en ademán de humilde suplicante, é instado nuevamente por señas y por las mayores demostraciones de amistad, se va aproximando á su libertador, bien que postrándose cada seis pasos para darle gracias y tributarle el debido rendimiento.

Quítase Robinson la máscara que traía puesta, mírale con semblante afable y humano; y entónces el salvage, deponiendo todo recelo, corre hácia su bienhechor, humíllase, besa la tierra, le toma un pié y le pone sobre su propio cuello, sin duda para manifestarle queria ser su esclavo. Pero Robinson, ansioso de adquerir un amigo, y nó un siervo, le dió pronta y benignamente la mano, le levantó y procuró acreditarle por cuantos medios le ocurrieron que debia prometerse toda la amistad imaginable.

Quedaba aun otra cosa por hacer: el primer salvage que habia caído herido, no lo esta-

ba mortalmente, y volviendo en su acuerdo, empezó á arrancar algunas yerbas y á apli-cárselas á la herida para restañar la sangre. Advirtiólo Robinson, y se lo hizo advertir al que tenia á su lado. Díjole éste algunas pa-labras, y aunque no las entendió, le fueron sumamente gratas por la novedad, como que en tantos años ningun eco de voz humana habia llegado á sus oídos. El indio, mirando ahora al hacha, ahora á Robinson, señalán-dola con el dedo, y alargando despues la mano, daba á entender que deseaba la pre-stase aquella arma para rematar á su enemi-go. Robinson, que muy á su pesar derrama-ba sangre humana, no pudo ménos de cono-cer la necesidad de acabar de matar al moribundo: por lo cual dió su hacha y apartó los ojos del cruel, aunque inexcusable oficio á que se destinaba. Corre el indio á donde yacia el herido, y degollándole de un golpe, vuelve mostrando la fiera sonrisa de la ven-ganza satisfecha. Luégo, con mil muecas y extravagantes ademanes, rinde á los piés de Robinson como un trofeo, nó sólo el hacha, sinó tambien la pálida y ensangrentada ca-beza del vencido.

Dióle á entender por señas Robinson, que se apoderase de los arcos y flechas de los muertos, y le siguese. El indio por su parte procuró tambien denotarle convenia, ántes de retirarse de allí, enterrar en la arena los dos cadáveres, con el fin de evitar que si sus compañeros volvian á buscarlos, pudiesen descubrir algo por aquellos fatales vestigios.

Habiendo manifestado Robinson aproba-ba esta cautela, procedió el indio á la ejecu-cion, sin más auxilio que las manos; y con tanta actividad, que en ménos de un cuarto de hora dejó sepultados los dos cuerpos; des-pues de lo cual se encaminaron á la habita-cion, y subieron á la colina.

Carlitos. Pero diga usted, papá, ¿no incurrió Robinson en el delito de asesinato?

Enrique. ¡Oh! los que acababa de matar eran salvages, y no importaba.

Carlitos. Sí, pero, al cabo, eran hombres.

El padre. Sin duda que eran hombres, querido Carlitos; y fuesen salvages, ó gente civilizada, no por eso dejan de ser raciona-les. Lo que importa es saber, si Robinson tenia derecho para quitarles la vida. ¿Qué te parece á tí, Juanito?

Juan. Me parece que hizo bien.

El padre. ¿Y por qué?

Juan. Porque eran inhumanos, y querian degollar á un infeliz, que acaso no les habia hecho ningun mal.

El padre. ¿Y cómo podia Robinson saber eso? Quizá merecia la muerte el salvage per-seguido; y nosotros ignoramos si por ventu-ra eran aquellos algunos ministros de justi-cia autorizados por sus superiores. Fuera de eso ¿quién habia nombrado por su juez á Robinson?

Nicolás. Pero si no los hubiese muerto, hubieran ellos descubierto dónde habitaba nuestro amigo, y despues informarian á sus compañeros.

Ramon. Y entónces hubieran venido to-dos juntos, y acababan con nuestro pobre Robinson.

Teodora. Y de más á más, se lo hubieran comido.

El padre. El lance era apretado; y habeis dado en el hito. Debió hacer lo que hizo por su propia seguridad; no hay duda. Pero pre-gunto: ¿tiene un derecho de quitar á otro la vida para conservar la suya.

Juan. Sí, señor.

El padre. ¿Y por qué razon?

Juan. Porque Dios quiere que conserve-mos nuestra vida lo más que podamos; y así, cuando alguno nos la quiera quitar, es pre-ciso y justo impedirselo, ganándole por la mano.

El padre. En eso no cabe disputa, queri-dos hijos míos. La defensa de nuestro propio individuo es legítima, segun todas las leyes divinas y humanas, entendiéndose sólo en el caso de que nos veamos en tal estrecho, que no nos quede absolutamente otro recurso de salvar la vida que el de privar de ella á un agresor injusto. Mas, si pudiendo libertar-nos, bien sea por la fuga, ó bien por auxilio de otro, ó con reducir á nuestro enemigo á estado en que no le quede arbitrio de ofen-dernos, le quitamos la vida, entónces come-terémos una muerte digna de castigarse por la justicia como gravísimo delito.

No os olvidéis jamás, queridos míos, de dar gracias á Dios de que habitamos países en que el gobierno ha tomado tan acertadas providencias para la seguridad de nuestras personas, que entre más de cien mil indivi-duos rara vez acaece que uno de ellos se vea en la triste situacion de usar el derecho de una defensa sangrienta y legítima, para sal-var su vida.

Basta por hoy. Mañana, cuando nos juntemos, veré si se me ofrece algo que contaros.

(Continuará.)

ADAN Y EVA.

(SÍMIL).

Vivia en cierto tiempo en Italia un rico caballero que habiallegado á una edad avanzada sin tener sucesion: poseía bienes inmensos y era señor de muchos palacios. A falta de hijos, cifraba su felicidad en hacer bien á los desgraciados, en enjugar las lágrimas de los indigentes: en cualquier lugar donde encontrase un infortunado se apresuraba á socorrerle. Un día que recorría un valle de los Apeninos, vió á la sombra de una copuda haya dos personas que estaban en conversacion: eran un pastor y su mujer, que apacentaban una docena de cabras, que formaban su único patrimonio. El duque se apeó, fué al encuentro de estas personas, y trabó conversacion con el marido. Despues de haberle hecho várias preguntas, conoció que su situacion era muy penosa y que con muchísima dificultad ganaba lo puramente preciso para proveer á su subsistencia y á la de su mujer. Movido por las respuestas de este buen pastor, reflexionó el duque algunos instantes, proponiendo despues á los desgraciados que le siguiesen con su pequeño rebaño, y diciéndoles que iba á encargarse de su porvenir. Fácilmente se echa de ver que estos dos desgraciados no se harian rogar mucho: siguieron al momento á su noble bienhechor. ¡Cuán fué su sorpresa al llegar al palacio del duque! Todo lo que la magnificencia tiene de más precioso brillaba en este edificio con una sorprendente profusion. Un enjambre de criados ricamente ataviados estaban esperando las indicaciones de su amo, y cumplian presurosos todas sus órdenes. Apénas el pastor y su mujer hubieron pisado el umbral de la puerta, cuando se les llevó á una sala donde refrescaron y tomaron un baño: en seguida les dieron vestidos de diferentes telas y colores, para que pudiesen escoger los que fuesen más de su gusto. Luégo se les introduje en un pabellon rodeado de un magnífico jardin. En aquellos

momentos se creían trasportados á otro mundo en presencia de tantas cosas á cual más curiosas, de muebles tan suntuosos, de tantas pinturas debidas á los pinceles de los primeros pintores, de las ricas colgaduras que adornaban los balcones, de tan preciosos adornos de bronce, de tantas estufas y de tan hermosos mosaicos, etcétera. Luégo una comida opípara compuesta de manjaros muy delicados coronó los obsequios de este día, quedando nuestros pastores estupefactos de su ventura y de las atenciones del duque.

El día siguiente observaban con igual admiracion el mismo ahinco en servirles y en anticiparse á sus deseos, cuando se presentó personalmente el duque y les preguntó con afectuosa bondad si estaban contentos de su suerte. Se preceptitaron á sus piés para atestiguarle su reconocimiento, y el duque les alargó la mano y les dijo levántandoles:

—Sólo depende de vosotros, amigos míos, ser felices hasta vuestro último día: por precio de todo lo que haré por vosotros, no os pido mas que una cosa, y es, que me ofreecais todas las mañanas un ramillete y me lo traigais vosotros mismos á mi antesala.

Es fácil imaginar cuál sería el alborozo de estas dos personas, tan desgraciadas poco había y ahora tan de repente tan felices, no exigiéndoles su noble bienhechor en recompensa más que un ramillete cada día.

Pasaron así muchos años en una felicidad envidiable: todas las cosas iban á medida del gusto de nuestros pastores; nada para ellos de cuidados, nada de inquietudes, nada de disputas: para satisfacer completamente sus deseos solamente les faltaba el placer de ver con más frecuencia al duque; pero el noble señor no correspondía en este punto á los votos de esta pareja afortunada: todas las mañanas era llevado el ramillete á la antesala, sin que se dejase ver allí persona alguna que lo recibiese ni aun para apreciarlo.

Un día la pastora dijo á su marido:

—Escúchame, marido; yo creo que es una tontería el molestarnos, como nos molestamos todas las mañanas, para llevar algunas flores al duque; tú ves, como yo, que este señor no pone la menor atencion en esto: y de otra parte, ¿de qué puede servirle nuestro ramillete? Ciertamente que esto no aumenta su felicidad; puede prescindir de nuestras flores; ¡tiene tantas en su jardin! pienso que podemos dejar esta tarea.

El marido respondió:

—No pretendas llevar á efecto este pensamiento: con que ¿no te acuerdas ya de que al hacernos tan felices como somos, no nos ha exigido mas que un sola cosa, que es llevarle el ramillete todas las mañanas? Temo mucho que le causaríamos disgusto.

—¡Qué cándido eres! ¡causarle disgusto! ¿qué es un ramillete para él? y además ni lo advertirá siquiera, y de consiguiente, no sabrá si nosotros le llevamos ó no las flores.

—Pero si es su voluntad que todos los días le llevemos un ramillete, ¿por qué contravenir á ella?

—¡Su voluntad! Te aseguro que él no piensa siquiera en eso; porque vive ocupado en cosas más graves que ramilletes, y, te lo repito, este ramilletes es para él la cosa más insignificante del mundo; no tiene á sus ojos valor alguno, y puede prescindir de él.

—Pues bien, haz lo que quieras.

Y quedó decidido, que en lo sucesivo no se llevaría el ramillete al duque.

El jarro destinado á recibir las flores de nuestros pastores quedó vacío durante muchos días: por fin, el duque preguntó si las dos personas que habia obligado estaban enfermas, ó si habian muerto; se le respondió que gozaban de cabal salud, y que se les guardaban aun las mismas atenciones que se les habian prodigado el día de su llegada. Entónces el duque, lleno de indignacion, fué al encuentro del pastor y de su mujer:

—Os saqué — les dijo — de la miseria en que gemáis, os hice felices, y por precio de eso no os exigí mas que una pequeña muestra de reconocimiento, un ramillete, que no os costaba mas trabajo que recoger cada día las flores necesarias y traerlo despues á mi antesala; ¿y habeis creído poder dispensaros de tributarme este obsequio? ¡Ingratos! ¡Ya que habeis despreciado mis deseos y defraudado mi esperanza, os devuelvo vuestros andrajos y vuestras cabras: id al instante á dejar el traje con que os vestí, y salid de mi palacio; mis criados os volverán á conducir al valle donde yo os conocí por la vez primera.

Dicho esto el duque se retiró.

El pastor y su mujer iban á precipitarse á sus piés, y á pedirle perdon de su ingratitude; pero el duque estaba ya léjos. Al instante los criados entraron con los arrapiezos polvorosos de los dos desgraciados, les des-

pojaron del vestido que llevaban, les entregaron sus harapos y los despidieron del palacio.

Ignoto.

MESA REVUELTA.

† En la madrugada del día 13 del actual pasó á mejor vida el reverendo señor cura-párroco de San Lorenzo de esta ciudad, don Bartolomé Pla, consiliario de nuestra querida Academia de la Juventud católica.

De todas véras nos asociamos al profundo dolor que aflige á la apreciable familia del finado, para quien solicitamos los sufragios de nuestros amigos.—R. I. P.

† Asimismo pasó á mejor vida en la mañana del día 14 el integérrimo señor obispo de Tarazona, constante protector de nuestro semanario.

Su muerte será sentida, no sólo de sus huérfanos diocesanos, sino de todos los españoles verdaderamente amantes de nuestra tradicional integridad católica.—R. I. P.

Dice un periódico liberal:

«Reconocido como institucion por los poderes públicos el Grande Oriente Nacional de España, el día 18 del próximo mes de Marzo se celebrará en uno de los teatros de la córte una asamblea constituyente, á la que concurrirán representaciones de todas las lógias de España, y en la que se dará cuenta de la fusion é inteligencia á que han llegado diferentes fracciones en que estaba dividida la masonería.

«Como este es el primer acto público y solemne que la masonería realiza en España, ha despertado su anuncio gran curiosidad, pues los ritos y ceremonias de dicha asociacion son desconocidos generalmente.»

Nó tanto desde que ha hablado Leon Taxil, que ha descubierto, nó sólo los sacrilegos ritos y ridículas ceremonias de esta tenebrosa asociacion, sino tambien sus criminales propósitos y sus horrendos crímenes.

Lo cual parece ignorar el *Imparcial*.

LIBROS

que se hallan, se proporcionan ó se facilitan en la

— IMPRENTA CATÓLICA DE JAIME CARDONA, —

SAN ANTONIO, 3, LÉRIDA.

La Francmasonería descubierta y explicada, por Leon Taxil. — 2'20 pesetas en rústica y 2'75 en tela.

El Vaticano y los masones, por Leon Taxil. — 1'40 pesetas en rústica, y 1'65 tela.

La Gorriona, novela del P. Coloma, edicion ilustrada por Apeles Mestres, 0'55 pesetas en rústica y 1'10 en tela.

Pilatillo, cuento del P. Coloma, edicion ilustrada por D. Paciano sRos, 0'35 pesetas en rústica y 0'90 en tela.

El liberalismo es pecado, por el doctor D. Félix Sardá, con el decreto de la Congregacion del Indioe, 0'45 pesetas en rústica y 0'85 en tela.

Documentos episcopales contra el liberalismo reinante, con un prólogo de Orti y Lara. — Un tomo de 80 páginas en cuarto francés, esmeradamente impreso, en papel agarbanzado y con caractéres elzeverianos, 0'55 pesetas.

Apuntes de Historia Universal, por un graduado en filosofia y letras. — La obra que se anuncia, continuada hasta el pasado año, puede servir para responder á las exigencias de todo programa bien razonado, y en especial del Instituto provincial de Barcelona. — Con licencia eclesiástica. — Tres tomos encuadernados, 4'50 pesetas.

A un Bachiller *nemine discrepante* y á otras muchas personas. — Diálogos por el presbítero I. V. y R. — Un tomo en octavo de 200 páginas, con bonita cubierta á varias tintas, lujosamente impreso, 0'55 pesetas.

Compendio de Geografía, por un profesor de segunda enseñanza. — Un tomito en cartóné, 1'10 pesetas.

Cárta científico-religiosas sobre los pecados capitales, por el Dr. D. Isidro Vilaseca, Pbro. — Un tomo en cartóné, 1'10 pesetas.

Vocabulario de catalanismos, ó sea de numerosos errores en que suelen incurrir los escritores catalanes. — Un tomo de 300 páginas, encuadernado, 1'65 pesetas.

Pastoral del Obispo de Plasencia, lujosamente impresa, con un prólogo de don Manuel Orti y Lara, 0'55 pesetas.

Lo Somni de Sant Joan, llegenda del Sagrat Cor de Jesús ab la traducció castellana, per Mossen Jacinto Verdager. — Un tomo ben imprés y encuadernat, 3'30 pesetas.

Propaganda Católica, del Dr. Sardá. — Van publicados cinco tomos, y está en preparacion el sexto, á 4'40 pesetas en rústica cada uno, y 6'60 encuadernados.

Diccionario de la lengua castellana. — Un voluminoso tomo, con un suplemento de voces de ciencias, artes, oficios, comercio, industria, etc., etc., seguido del diccionario de sinónimos y del de la rima, 22 pesetas.

Vida de Santa Rosa de Lima, arreglada á vista de los mejores manuscritos inéditos. — Un tomo de 400 páginas, 2'75 pesetas en rústica y 4'40 encuadernado.

Mis tentaciones. — Magnífico librito de propaganda antiprotestante, que demuestra de una manera concluyente los vicios y falsedad del protestantismo. — 0'25 pesetas.

Vida de San Blas, patron de Castellnou de Seana, con un *Comentario* y los Gozos del Santo, 0'30 pesetas.

Las Procesiones. — Diálogo por D. Isidro Villaseca y Rius, Pbro., 0'30 pesetas.

Compendio de Urbanidad, por un profesor de segunda enseñanza. — Un tomito en cartóné, '40 pesetas.

La Santa Biblia. — (Única edicion española moderna). — Vulgata latina y su traduccion al español por el Ilmo. D. Félix Torres Amat, con notas de éste y del Ilmo. P. don Felipe Scio de San Miguel. — *Cronologias* del Rdo. P. Fidel Fita, S. J. — *Comentarios* y *Vindicias*. — Arreglada para la Biblioteca *La Verdadera Ciencia Española*. — Toda la obra consta de 12 tomos de más de 400 páginas cada uno, sin comprender en ella las *Vindicias*, que formarán cerca de dos tomos. — Los suscritores á esta edicion que lo sean ántes de la publicacion de las *Vindicias*, único que falta repartir, no abonarán sinó 12 tomos, á 4'40 pesetas en rústica, y recibirán *gratis* las *Vindicias*.

Confesiones de un ex-libre-pensador, por Leon Taxil. — 2'75 pesetas en rústica y 3'30 en tela.